BLANES
Mercedes Martín

Lo bauticé Blanes porque de entrada percibí que era un gato tirando a oficialista. Me daba seguridad que fuera así. Y probablemente él era oficialista por lo mismo, fiel hasta la exasperación. Hacía seis días que no me levantaba, pero Blanes tenía ración servida como para un mes. Cuando me siento de cierto modo, tomo esa precaución. Y llegó el séptimo día, cuando me levanté. El gato me tomó como lo hacen las madres con sus crías y a diferencia de otras veces no se conformó con restregar su trompa contra mi nuca. En esta oportunidad mordió y bastante fuerte, como animándome a la acción. Empecé arreglando la casa en lo más básico, como levantar pelusas, barrer, lavar pisos y baño. Nada estaba demasiado sucio ya que en realidad apenas había existido movimiento.

Cuando mi vivencia de desvalimiento llega a límites insoportables me hace bien recorrer mis libros, reencontrarme con ellos me aclara acerca de inquietudes pasadas y presentes. Me reinventa un lugar en el mundo y la sensación es que lo que se ha ido asentando en mi biblioteca desde hace tanto tiempo, ha caído como una gota que se suma a otra para enriquecer el cauce de un río que desconozco. He dedicado lo que llevo de vida a buscar lo que más me interesa y todavía no lo descubro. Quizás por eso esta vez hice más que abandonarme a la contemplación: saqué todo de su lugar y comencé a reorganizar.

Totalmente perdida, algo de mí comienza a aparecer entre tanto río de tinta. Algo de valor tendrá mi vida y lo que hice si tanto de lo que valoro, habita mi biblioteca. Ese fallido

silogismo me conduce a hurgar durante horas. Es un tiempo sin límites, porque la vida no siempre los impone. Encuentro cosas que me regalaron, leo dedicatorias. En algunos libros también hay recortes de diario comentando la publicación, en otros se intercalan marcadores con rimbombantes citas de autores e incluso reivindicaciones políticas. Todo eso que voy encontrando me obnubila y enardece a la vez ¿cómo puede una estar acostada durante tantos días? ¿cómo, si todo estaba para ser acomodado?

Las pilas de volúmenes empezaron a ocupar más de un ambiente de la casa, al punto que las categorías de ordenamiento inicial se vieron algo trastocadas y ya no fueron únicamente autores, épocas o temas sino en algunos casos el significado afectivo, llamémosle. Hubo una pila originaria de la biblioteca de mis padres. No habría sido justo clasificarla con idénticos criterios ya que se trataba de una unidad. Uno de los ejemplares resultó ser El Quijote de la Mancha. La firma de mi abuelo impone en la segunda página en blanco, una letra grande y por demás ampulosa, atravesando toda la hoja desde el vértice inferior izquierdo hasta el superior derecho. Se podría pensar que solo firmaría de esa manera alguien muy seguro de sí, alguien que jamás pasaría en la cama ni un minuto más de lo necesario para lograr un descanso adecuado. Pero es todo hipotético porque en realidad no llegué a conocerlo. Dicen que hablaba muy rara vez y en general sin involucrarse, por lo que sospecho quizás ingenuamente, que lo poco que se sabe de él es inferido de los contenidos de su biblioteca. Impresiona la forma en que el silencio suele perpetuar y multiplicar invenciones fantasmáticas acerca de personas y situaciones, incluso mucho más de lo que podrían multiplicar las palabras (sobre todo, cuanto más pretenciosas son). La verdad es que nunca encontré sonoridad en el nombre de mi abuelo, así que bien podría agregar colores al disfraz y empezar a referirme

a él como "el quijote". Aunque sigue siendo todo hipotético, tal vez no era ningún quijote sino por el contrario, un señor pragmático y distante en el trato por carencia o por temor a sus propios sueños.

Blanes me escoltó incluso en momentos de quietud en los que me instalé a leer, acompañando mis dubitaciones sentado, con la cola contorneando sus cuatro patas ¡Qué linda dedicatoria! Parece que hay gente que me quiere mucho, pienso. Es temible no poder quererse por cuenta propia, pero eso ya lo sé, no es un avance de este día, ni será una realidad de mañana. Ojalá.

Cuando todos los libros han sido agrupados ya pasaron muchas horas y es casi de noche. Momento ideal para empezar a orientarlos al que debería ser su mejor lugar en los estantes. La situación me inmoviliza y aterra, es como mirar una naturaleza muerta. Sin embargo, Blanes es activo, su mirada impertérrita y posición escultural logran motivarme.

La tardecita es cálida a pesar de la llegada del otoño así que abro las ventanas y dejo entrar la brisa. La luna está casi llena y algo de su luz penetra para alumbrar el fantasmagórico espectáculo de lo que podría verse como una librería en plena mudanza. Me encuentro con una agenda nunca utilizada que me trajo de China alguien a quien amé y por quien esperé ser amada. Tiene láminas de gatos que los recrean en distintas épocas y lugares, pintados con diferentes técnicas. Siempre me pareció demasiado hermosa como para ser utilizada en su función original. Las imágenes están acompañadas de textos delicadamente ubicados, que incorporan referencias al momento histórico en que fueron pintadas las obras, así como relatos que describen como los felinos han significado algo valioso para los humanos. Habría sido burdo darle uso marcando reuniones e idas al médico; aunque ahora lo veo de otra forma ¿por qué no dejé entrar lo bello en lo cotidiano?

Si bien la agenda-libro es de un año ya pasado, me siento en el piso y empiezo a escribirla. Decido invadir y dejarme invadir sin cuestionarme. Y no, lo bello no se destruye. Sin embargo, por alguna extraña razón uno a veces se va conformando en torno al miedo a la destrucción. En el fantaseo al que me lleva recorrer los títulos, surge un recuerdo de destrucción, no en sentido catastrófico sino de aparición de algo nuevo en oposición a algo que desaparece, aunque sí opere cierta violencia.

Mi madre me había llevado a un espectáculo infantil en el que los niños nos sentábamos en mesas a tomar Vascolet, mientras una animadora nos conversaba e interactuaba con nosotros. Los adultos disfrutaban de esa interacción, abandonándose quizás por un rato a sus propias cavilaciones e incluso recuerdos de infancia. Parte de la interacción era estimular a los niños a que compartieran cuentos, para lo cual eran invitados al escenario a relatarlos. Mi madre no comprendió el ímpetu con el cual decididamente me dirigí a compartir mi cuento. Siempre había sido "un parto" que yo memorizara la más mínima poesía y hasta recitar La Higuera, uno de mis poemas favoritos, había sido un enredo de versos que se adelantaban, atrasaban y omitían. Lo cual había motivado incluso consultas con expertos para indagar donde estaba mi falla.

Menos comprendió entonces mi madre aquella súbita autoconfianza y convicción mías, ya que intentando reproducir Caperucita Roja, mi relato fue tomando ribetes aparentemente sórdidos para los escuchas. Era Caperucita la que se comía al lobo y este un bicho bueno que en realidad quería eliminar del mundo a una abuela que no era precisamente muy una buena persona. Nadie pensó que el cuento original era de por sí lo bastante truculento, aunque sí escucharon con horror su reinvención. La animadora hizo lo posible para que acelerara mi relato y poder enviarme a la mesa lo antes posible. Como

muchos recuerdos familiares, este episodio cobró con los años ribetes cuasi épicos, sobre todo porque en el relato de mi madre, fue muy intenso su temor cuando se encontró con la mirada de los demás padres, que tal vez buscaban en su rostro las marcas de cierta locura o inadaptación que todo lo justificara.

Visto a la distancia me pregunto qué tan avezada era la animadora, aunque cada vez más pienso que no hacía más que cumplir su rol de la manera que se esperaba que lo hiciera. Cuando más grande comencé a escuchar de qué se trataba el terrorismo, recordé este episodio tan incómodo para los adultos.

La abuela a la que probablemente yo aludía era una abuela real que pensaba solamente en sí misma. Y de la panza de mi madre había nacido recientemente mi hermano, luego de un embarazo penoso que una vez superado, mi madre procuró suavizar compartiendo conmigo actividades lúdicas. Es probable que aún amando a mi nuevo hermanito, yo lo viera como a un lobo amenazante, que continuaría acaparando la atención materna que yo necesitaba. Pero lejos de otros posibles análisis, todos los cuales podrían ser fallidos, quedaron impresas también en mí las miradas de los adultos, que reaccionaron escrutando reprobatoriamente a la madre del aquel monstruito. No había lugar para que alguien jugara con su imaginación y pensara por qué motivos mi cuento tenía las variantes que tenía. De esa experiencia quedó anclado en mí tal vez para siempre, el miedo a producir situaciones en las que mis palabras pudieran tener un efecto destructivo, aún cuando fueran pronunciadas con espontaneidad, en la necesidad de expresar sentimientos de manera visceral, como a veces solamente las palabras lo permiten.

Entre tantas ramificaciones de la memoria, terminó ocupándome un día completo terminar de ordenar tanto contenido llevado al papel. Papel en el imaginamos los libros que ya

existen y también los que querríamos escribir. Papel receptáculo de pesadillas e ilusiones. Papel que si uno quiere, puede soplar y hacer que se vuele, o puede incendiar y hacer desaparecer. Pero si no hacemos nada de eso, todo lo escrito y por escribir adquiere en nuestra vida una presencia voluminosa. De tanto trasegar libros sumergida en aquella introspección, quedé absolutamente extenuada. Y creo que Blanes también, no es fácil dedicarse veinticuatro horas a cuidar la patria que nos parió.

WHITE WORLD
Olimpia Frick

La llanura se extendía blanca y escarchada hasta donde nuestros ojos alcanzaban a ver. Era una superficie lisa y sin sobresaltos, un manto de hielo interminable bajo la luz opaca de un cielo sin colores. Los altos fiordos que habíamos divisado desde la nave no se anunciaban aún, y nadie que hubiese visto aquélla extensión silenciosa e igual, sospecharía la existencia de esas vastas grietas cavadas en lo más profundo del hielo.

El capitán Kirk nos anunció brevemente las disposiciones que harían parte de nuestro viaje, junto con las ropas, los víveres y los medios de traslado adecuados. La atmósfera era casi irrespirable para nosotros; demasiado oxígeno. Aún así, haríamos el esfuerzo de irnos adaptando progresivamente, si es que pensábamos asentarnos allí, durante el tiempo necesario para la exploración del planeta. El consumo de energía debía restringirse drásticamente; estaríamos fuera de la nave mucho tiempo. La mitad de nosotros dormiría, y la otra mitad conduciría la marcha. Los trineos antigravitatorios eran impensables; deberíamos caminar y cargar a nuestros compañeros. Keith permanecería a bordo, salvo orden contraria. El resto, ya lo sabíamos. Eran las rutinas básicas que habíamos aprendido y desarrollado a la perfección durante los últimos años de exploración en la galaxia.

Esto será poco tiempo, pensé, observando la yerma extensión interminable ante nuestros ojos. Nada más que hielo y más hielo, extendiéndose hasta donde dejaba ver el horizonte. Arriba de los cascos, un extraño cielo blanco que se volvía